

Umberto Eco

¿De qué lado están los Orisha?

Esta noche circulo por São Paulo con un grupo de amigos que me conducen a la extrema periferia, por el rumba del aeropuerto internacional. Es un trayecto de aproximadamente una hora en coche, en dirección a los ritos afrobrasileños. Llegamos ante un gran edificio, un poco en alto, sobre un territorio de casitas pobres, pero no todavía una favela: la favela se encuentra mas lejos, se entrevén a lo lejos sus luces débiles. El edificio esta bien construido y tiene el aspecto de un oratorio: se trata de un *terreiro*, una casa de candomblé. Un turista, e incluso un brasileño que nunca lo hubiera visitado (y son muy numerosos, son mayoría, por lo menos a partir de la burguesía media), hablaría de Macumba con excitación.

Nos presentamos: un viejo negro nos purifica con sahumerios. Al entrar espero encontrarme un local semejante a ciertas carpas de Umbanda que visite en otros tiempos, un triunfo del kitsch religioso, complicado por la tolerancia sin cretista : altares repletos de estatuas del Sagrado Corazón, de la Virgen, de divinidades indias, de diablos rojos como solo se ven en los espectáculos de Lindsay Kemp. Sin embargo, la sala es de un rigor casi protestante, con poca decoración. Al fondo, las bancas destinadas a los fieles no iniciados; a los lados, cerca de la tarima de los tambores, los suntuosos asientos destinados a los Ogan. Los Ogan son personas de buena condición social, a menudo intelectuales, no necesariamente creyentes, que sin embargo respetan el culto y a los que se inviste con la función honorifica de consejero y aval de la casa; se les elige por indicación de una divinidad superior. El gran novelista Jorge Amado asume una función semejante en un terreiro de Bahía; es un elegido de Jansan, divinidad nigeriana, diosa de la guerra y de los vientos. El etnólogo Trances Roger Bastide, que en su tiempo estudio estos cultos, fue elegido por un decreto de Oshossi, el dios yoruba protector de los cazadores. En la parte opuesta a los tambores se encuentran los asientos para los huéspedes, y allí nos instala *el pai-de-santo*, es decir el Babalorisha, es decir (para entendernos) el cura de esta iglesia. Es un mestizo imponente y canoso, Reno de dignidad. Sabe quienes son sus huéspedes, y emite algunas observaciones penetrantes sobre el riesgo de que tales intelectuales racionalistas vayan a pecar por descreimiento.

Pero en esta iglesia capaz de acoger con igual liberalidad las divinidades africanas y el panteón cristiano, la tolerancia es de rigor; es la esencia misma del sincretismo. De hecho, veo en la pared del fondo tres imágenes que me sorprenden:

La estatua policroma de un indio desnudo que porta una corona de plumas, y la de un viejo esclavo negro vestido de blanco, que fuma la pipa sentado. Los reconozco; se trata de un *caboclo* y de un *preto velho*, espíritus de los difuntos, que tienen un papel importante en los ritos umbanda, pero no en el Candomble, el cual solo sostiene relaciones con las divinidades superiores, los Orisha de la mitología africana. ¿Que hacen aquí, de cada lado de un gran crucifijo? El pai-de-santo me explica que se trata de un homenaje: el Candomble no los "utiliza", pero no por ello pretende negar su presencia y su poder.

La misma cosa acontece con el Eshú. En la Umbanda se le considera a menudo como un diablo (se venden estatuillas de metal con cola y cuernos muy largos, y con tridente; o bien estatuas, de madera o terracota coloreada, enormes, de un kitsch repelente, la imagen misma del diablo lascivo de night-club en "Mundo de Noche") ; el Candomble no lo tiene por diablo, pero lo considera una especie de espíritu intermediario, un Mercurio degenerado, mensajero de los espíritus superiores, así en el bien como en el mal. El Candomble no lo honra, no contempla la posesión por su intermedio, pero al principio de la ceremonia el pai-de-santo no dejara de purificar la atmósfera gracias a un enorme cigarro puro (agitado a modo de incensario), a fin de pedir cortésmente al Eshú, precisamente, que se mantenga al margen y no trastorne las operaciones. Una forma de decir: Jesús y el diablo no son asunto nuestro, pero es conveniente mantener relaciones con los vecinos.

¿Qué honra el Candomble? A los Orisha, las divinidades superiores de las religiones africanas, nagó-yoruba del Sudán o bantúes de Angola o del Congo, que acompañaron a los primeros esclavos al Brasil y no los dejaron nunca. El gran Ologún, padre de todos los dioses, cuya representación no existe, y también Oshala, que el sincretismo popular identifica con Jesucristo, y en particular con Nuestro Señor del Bonfim, venerado en Bahía. Y otros más, de los cuales hablaremos.

Aprovechando la ocasión de una discusión con un pai-de-santo de una cultura innegable, de inmediato le planteo algunas preguntas incómodas, aclarándole que mi curiosidad es de orden teológico y filosófico. Así pues, estos Orisha 4 son personas o son fuerzas? Son fuerzas naturales, precisa el sacerdote, vibraciones cósmicas, agua, viento, hojas, arcoíris. Y entonces por que se ven por doquier estatuas de ellos, y por que se les identifica con San Jorge o San Sebastián? El pai-de-santo sonríe, y se pone a hablar de las profundas raíces de este culto incluso en la religión hebraica y en religiones aun mas antiguas; me dice que el Candomble acepta la ley mosaica ; sonríe nuevamente cuando aludo a los ritos de magia negra, a la tristemente celebre Macumba, que es precisamente la versión maligna del Candomble y que, en el rito Umbanda, se convierte en la Quimbanda, en la cual el Eshu y su campanera, la lasciva Pomba-Gira, se poseionan de cuerpos en trance; y esos ritos que se practican también antes de los juegos de fútbol, en que se mata a gallos jóvenes a fin de hacer morir o enfermar a los del equipo contrario. El pai-de-santo sonríe como un teólogo de la Universidad Gregoriana al que yo le hubiera pedido una opinión sobre el milagro de San Genaro o sobre las Vírgenes que Moran. Jamás dirá nada en contra de has creencias populares, ni nada en su favor. Se sonríe; ya sabemos como es el pueblo. Y, por lo demás, que decir de la Umbanda? Un culto reciente, nacido en los anos treinta, que refine las religiones africanas, el catolicismo, el ocultismo, el espiritismo kardecista, un producto del positivismo francés. Son gente que cree en la reencarnación; los iniciados en trance son poseídos por los espíritus de los difuntos (y por los pretos velhos y los caboclos) y se ponen a hacer predicciones y a dar consejos a los fieles. La Umbanda es la versión conservadora y espiritualista de los ritos afro-brasileños, y ha mostrado a las claras que respeta el orden constituido con una absoluta devoción. Mientras que el Candomble (esto no me lo dice el pai-de-santo, pero yo lo se) nace como una búsqueda de su propia identidad cultural por parte de los esclavos negros; es una expresión de revuelta, es decir, un orgulloso y voluntario aislamiento religioso y cultural. Tanto es así, que fue perseguido durante largo tiempo; en Pernambuco se cuenta que un jefe de policía todavía en los anos treinta coleccionaba las orejas y las manos cortadas a aquellos malditos fetichistas que arrestaba.

La historia del desarrollo de los diversos cultos es muy confusa (existe una biblioteca de centenas de volúmenes), y yo no intento aclarar aquí algún oscuro capítulo de etnología brasileña; tan solo enumero algunas sospechas. La ley Rui Barbosa de 1888 (Ramada ley de ow) abolió la esclavitud, pero no concedió un estatuto social "regenerado" al esclavo. Incluso, en 1890, en una tentativa débil por abolir in esclavitud como estigma, se da orden de quemar todos los archivos del mercado de esclavos. Es un procedimiento hipócrita, ya que así los esclavos no podrán jamás reconstituir su historia, sus orígenes; se vuelven formalmente libres, pero privados de pasado. Se entiende, pues, por que a fines de siglo los cultos se oficializan, se intensifican, salen de las sombras; en ausencia de "raíces" familiares, los negros intentan reconstruir su identidad cultural por la vía religiosa. Con todo, es muy curioso que son los intelectuales blancos quienes, justamente durante el periodo positivista, arrobados por las ideas espiritistas europeas, hayan influido en los cultos negros, arrastrándolos gradualmente a absorber los principios del espiritismo del siglo XIX. Estos fenómenos también tuvieron lugar en la historia europea: cuando existían formas de milenarismo revolucionario, la acción de las iglesias oficiales tendió siempre a transformarlas en fenómenos de un milenarismo más comedido, fundado sobre la esperanza y no sobre la violencia. Podría por tanto pensarse que los ritos del candomblé son un remanente de núcleos de milenarismo "duro" en el seno de los ritos umbanda más edulcorados. Pero no puedo discutir de esto con el pai-de-santo. Recibiré una respuesta, pero ambigua, al salir al jardín para visitar las casas de las divinidades.

Mientras que un grupo de muchachas, negras la mayoría, ataviadas con las bahianas rituales, se apresuran con regocijo con los últimos preparativos, un señor vestido de blanco (de la gorra a los zapatos) porque es el mes de Oshala, simbolizado por este color, nos recibe y nos lleva a dar la vuelta hablándonos en italiano. Ya no lo habla Bien, llego de Italia después de la guerra (mirar siempre cuidadosamente a todos aquellos que Llegaron justo después de la guerra; en efecto, evoca sus aventuras en África con el mariscal Graziani). Ha enjugado bastantes fracasos, ha intentado todas las religiones, por fin ha encontrado la paz: "Si se me dijera que el mundo va a derrumbarse en este lugar preciso (señala con el dedo un lugar frente a el), me movería un poco a un lado".

Las casas de los Orisha, dispuestas en el vasto jardín como las capillas de alguno de nuestros Montes Sagrados, tienen en el exterior la imagen del santo católico fusionado con el Orisha correspondiente. En el interior hay una sinfonía de colores crudos y violentos, exaltados por floras, por estatuas e incluso por el tinte de los manjares cocinados hace poco y que se ofrecen a los dioses: blanco para Oshala, azul y rosa para Yemanyá, rojo y blanco para Chango, amarillo y oro para Ogún, etcétera. Si no se es iniciado, no se entra; hay que ponerse de hinojos ante la entrada, tocándose con una 'nano la parte delantera y la trasera de la oreja derecha. Pero entonces, pregunte yo, Yemanya, diosa de las aguas y de la procreación, ¿es o no es Nuestra Señora de la Concepción? ¿Y es o no es Chango San Jerónimo? Y per que es que vi a Ogún fusionado con San Antonio en Bahía, con San Jorge en Rio?, y por que aquí, en cambio, San Jorge aparece resplandeciente en su capa azul y verde, listo para acabar con el dragón, en la casa de Oshossi? Me parece conocer la respuesta, porque un sacristán de una iglesia católica de Bahía me la dio hace antis: ya se sabe como son ingenuos los pobres; para que le recen a San Jorge, hay que decirles que no es diferente de Oshossi. Pero mi acompañante me da la respuesta inversa: ya sabemos como es el pueblo; para que reconozca la realidad y la fuerza de Oshossi, hay que dejarle creer que se trata de San Jorge. Indudablemente, el Candomble es una religión antigua y

sabia.

Pero ahora va a comenzar el rito. El pai-de-santo lleva a cabo los sahumeros propiciatorios, los tambores emprenden su ritmo obsesivo, mientras que un cantante entona los *pantos*, estrofas rituales que los iniciados retoman a coro. Por lo general los iniciados son mujeres; la *filha-de-santo* es la medium ya instruida que, durante la danza, será visitada por los Orisha. Hoy en día, desde hace algún tiempo, también se encuentran hombres iniciados, pero el don mediúmnico parece reservado a la mujer por privilegio. Algunas semanas más tarde, en Bahía, abre de visitar un terreiro que data de hace cuatrocientos años, y allí me recibirá la *mae-de-santo*, es decir, la Iyalorisha, venerable y grave como una abadesa; mujeres de este temple han dominado la vida cultural y social de Sao Salvador, capital del estado de Bahía, y escritores como Jorge Amado hablan de ellas con afecto y respeto. Aquí, entra las mujeres, hay también algunas blancas. Me señalan a una rubia, es una psicóloga alemana; danza rítmicamente, los ojos perdidos en el vacío; poco a poco empezara a transpirar, tensa en la esperanza de entrar en trance. No lo lograra, no esta madura para el abrazo de los dioses; mientras que, al mismo tiempo, otras hijas de santo habrán alcanzado el éxtasis, a ella la veré agitarse aún al fondo, casi llorando, trastornada, tratando de perder el control abandonándose a la música de los atabaques, los tambores sagrados que tienen el poder de llamar a los Orisha. Durante este tiempo, uno a uno, numerosos iniciados consiguen su salto físico y místico; de pronto se entiesan, su mirada se hace atona, sus movimientos automáticos. Según cuál Orisha los visite, sus movimientos celebraran su naturaleza y sus poderes: los poseídos por Yemanya tienen gestos dulces, sus manos se agitan a los costados, las palmas bajas como si nadaran; los que visita Oshala es-tan encorvados y ejecutan gestos lentos; y así sucesivamente (en la Umbanda, cuando llega, el Eshu, la gente se trastorna con sacudidas nerviosas y malignas). Los que han recibido a Oshala serán recubiertos por unos velos particulares, porque su aventura habrá sido particular y grande.

Una adolescente europea de quince años se encuentra entre nosotros, con sus padres. Estos le dijeron que si quería venir con ellos, debía seguir los procedimientos con atención, curiosidad y respeto, pero con desapego; e intercambiando opiniones con los demás sin dejarse influir. Pues si Pitágoras tenía razón, la música puede hacernos hacer lo que quiere; en otras ocasiones he visto a visitantes no creyentes, pero particularmente impresionables, caer en trance como peras maduras. La jovencita transpira, tiene nausea, quiere salirse. De inmediato acude a ella el italiano vestido de blanco, quien se dirige a los padres y les dice que la dejen permanecer unas semanas en la casa: la joven posee innegables atributos de médium, reacciona positivamente a Ogún, hay que cultivar ese don. La muchacha quiere marcharse, sus padres están aterrados. Ha rozado el misterio de las extrañas relaciones entre el cuerpo, las fuerzas de la naturaleza, las técnicas del sortilegio. Ahora tiene vergüenza, cree haber sido víctima de una ilusión; volverá a la escuela y oirá hablar de los ritos dionisiacos, y tal vez no comprenderá jamás que, por un instante, ella también fue una ménade.

Una vez que termina la ceremonia, nos despedimos del pai-de-santo. Le pregunto de que Orisha soy hijo. Me mira a los Ojos, me examina las palmas de las manos y dice: "Oshala". Bromeo con uno de mis amigos, que solo es hijo de Changó.

Dos días después, en Rio, otros amigos me conducen a otro terreiro de Candomble. La zona es más pobre, la fe mas popular; si la casa de Sao Paulo tenia aspecto de iglesia protestante, esta parece un santuario mediterráneo. Los adornos son más africanos, y aquellos a quienes visite

Oshala recibirán al final mascararas esplendidas que yo creía que no existían mas que en los álbumes de Cino y Franco; son grandes guarniciones de paja que encapuchan el cuerpo entero. Procesión de fantasmas vegetales, conducidos de la mano, como ciegos, por Los celebrantes, y tropezando en sus movimientos catatónicos, que dicta el dios.

Aquí la *comida dos santos*, los manjares ofrecidos a los Orisha, son obra de la mejor cocina de Bahía: están dispuestos al aire libre sobre grandes hojas, especies de canastos in-memos llenos de golosinas tribales; cuando concluya el rito, nosotros también habremos de comer de ellos. El pai-de-santo es un tipo curioso, vestido como Orson Welles en *Cagliostro*, un rostro joven de belleza un poco bofe (es un blanco de cabello rubio), y sonrío mostrando un afecto de sacerdote a los fieles que le besan las manos. Con pocos movimientos, John Travolta de los suburbios, marca el inicio de las diferentes fases de la danza. Mas tarde se despojara de su ornato sacerdotal y reaparecerá en vaqueros, para aconsejar una aceleración del ritmo al tambor, un movimiento mas abandonado al iniciado que esta a panto de caer en trance. Solo nos deja asistir al principio y al final; parece que no quiere que estemos presentes cuando los iniciados se derrumban en trance, el momento más rudo. Respeto hacia nosotros, o hacia sus fieles? Nos lleva a su habitación y nos ofrece una cena a base de *feijoada*. En los muros cuelgan extraños cuadros muy coloridos, entre lo indio y lo chino, con figuraciones surreales, como Las que se ven en Estados Unidos en las revistas under-ground de los grupos orientalizantes. Son sus propios cuadros; pinta. Platicamos de ética y de teología. No posee el rigor teológico del pai-de-santo de la otra noche; su religiosidad es más indulgente y más pragmática. Niega que existan el bien y el mal; todo es bien. Le arguyo: "Pero si el (uno de mis amigos) quiere matarme y viene a verlo a usted para consultarlo, usted debe decirle que matar es malo". "No lo se —me responde con una sonrisa vaga—, tal vez es algo bueno para el, no se, tan solo le explicare que es mejor que no lo mate a usted. Pero tranquilícese, si viene a verme, después no querrá matarlo." Todavía intentamos algunos argumentos sobre el bien y el mal. Me conforta: "Este tranquilo, pensare en esto, el no lo matara". Demuestra un tierno orgullo por su carisma. Habla del amor que siente por sus fieles, de la serenidad que viene del contacto con los Orisha. No se pronuncia sobre su naturaleza cósmica, ni sobre su relación con los santos. No hay distingos, basta con ser sereno. El Candomble cambia de teología de terreiro en terreiro. Le pregunto cual es mi Orisha. Nuevamente elude responder; son cosas difíciles de decir, puede cambiar con las circunstancias, y no cree, por su parte, en tal capacidad de juicio; si realmente insisto, a simple vista, y sin cumplidos, debería ser hijo de Oshala. Yo no le revelo que ya recibí la misma respuesta hace dos noches. Quisiera volver a atraparlo en una equivocación.

Mi amigo, el que hubiera debido matarme, juega el papel del brasileño comprometido. Le habla al pai-de-santo de las contradicciones del país, de las injusticias, le pregunta si su religión podría llegar a impulsar a los hombres a la revuelta. El Babalorisha dice evasivamente que son problemas a los que no desea responder, y luego sonrío de nuevo con una dulzura infinita, como cuando me aseguraba que mi amigo no me mataría, y murmura algo como: "Pero si fuera necesario, podría ser que...".

¿Que quería decir? ¿Que por el momento no es necesario? ¿Que el Candomble es sin embargo aun la religión de los oprimidos y que el estaría dispuesto a volverlos capaces de una revuelta? ¿No tiene acaso confianza en nosotros? Se despide de nosotros a las cuatro de la mañana, cuando los estados de trance se apagan poco a poco en los miembros agotados de los hijos e hijas de santo. Es el alba. Nos obsequia algunas obras de arte suyas. Parece patrón de alguna fonda de carretera. No nos ha pedido nada, solo nos ha dado regalos y convidado a cenar.

Todavía tengo una pregunta, que tampoco le planteo a su colega de Sao Paulo. Y es que no solo en estos dos casos— advertí que el Candomble (para no hablar de la Umbanda) siempre atrae más a los blancos. Me encontré con un médico y un abogado, y un gran número de proletarios y subproletarios. Antigua reivindicación de autonomía racial, configuración de un espacio negro impermeable a la religión de los europeos, estos ritos están convirtiéndose más y más en una oferta generalizada de esperanza, de consuelo, de vida comunitaria. Peligrosamente cercanos a las prácticas carnavalescas y al fútbol, aun si son más fieles a las tradiciones antiguas, menos dependientes del consumo, capaces de penetrar más profundamente en la personalidad de los adeptos y —quisiera yo decir más sabios, más verdaderos, más ligados a pulsiones elementales, a los misterios del cuerpo y la naturaleza; pero, sea como sea, los ritos son uno de los numerosos medios mediante los cuales se mantiene a las masas desheredadas en su "reserva india", mientras que los generales han industrializado el país a sus expensas, entregándolo a la explotación de los capitales extranjeros. Lo que no pregunte a los dos pai-de-santo es: ¿de qué lado están los Orisha?

En tanto que hijo de Oshala, ¿hubiera yo tenido derecho a plantear la pregunta?

[Traducción de Héctor Manjarrez]